

Arquitecto JORGE BRUNO GONZALEZ



Nos encontramos casualmente el año 1937. Gebhard reiniciaba sus interrumpidos estudios en el Tercer Curso de la Escuela de Arquitectura en la entonces Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile.

Este encuentro ocurría en una época tan llena de acontecimientos extraordinarios como sólo se producen rara vez en el curso de la Historia. Hitler, hacía apenas cuatro años que iniciaba en Alemania su desorbitada carrera como líder político "predestinado". Más al sur, en España, hacía escasamente un año que las desplazadas fuerzas de derecha se alzaban contra el gobierno de base popular recientemente victoriosas, apoyadas por la acción coordinada de los movimientos políticos italiano y alemán de carácter nacionalista.

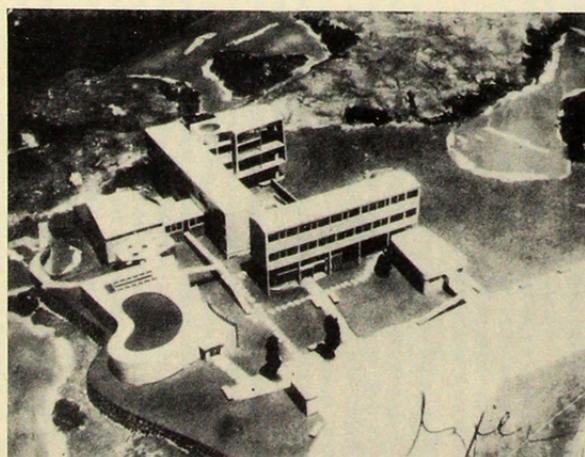
Nuestro ambiente político también sufrió sus consecuencias. Al siguiente año, en 1938, llegaba al poder democráticamente una combinación de partidos políticos semejante a aquella que se defendía en España. Fue nuestro propio Frente Popular con el triunfo del Presidente-maestro, don Pedro Aguirre Cerda, quien llegaba al poder con su inolvidable divisa de "gobernar es educar". Con cuánto entusiasmo y espíritu ansiosos de cambios esenciales aguardaba la juventud de entonces.

Fue por aquellos años que llegaron hasta nuestro medio arquitectónico, los principios, que informaron la enseñanza en la no pocas veces mal interpretada Bauhaus de Weimar.

Gebhard pensaba que ese movimiento, el que tanto admirábamos, especialmente a través de las escasas traducciones al inglés de algunos de sus planteamientos divulgados por su primer director, Walter Gropius, podría servirnos de base para encontrar en nuestro raquíptico ambiente de la pedagogía arquitectónica, una nueva ruta, un camino más propio y consecuente con nuestras reales necesidades nacionales.

Gebhard era algunos años mayor que la mayoría de nosotros, sus actuales compañeros de estudio, lo que explicaba el haber sido alcanzado por aquellos estímulos con bastante antelación relativa: en 1935, junto al extraordinario talento de Waldo Parraguez "lanzaron" al ambiente nacional el primer número de la revista "Arquitectura" como medio de exposición de muchas de las ideas de los activistas de la revolución arquitectónica europea, las que aunque ya en parte habían sido introducidas en las aulas criollas de la enseñanza de la arquitectura por un Juan Martínez, un Roberto Dávila o un Rodolfo Oyarzún (actualmente en la Universidad de Concepción), la revista trataba, por sobre todo, introducir y extender la ideología del maestro (casi directo) de muchos de nosotros, Charles Edouard Jeanneret: Le Corbusier.

Foto de Conjunto del Instituto de Biología Marina de Montemar.



El era nuestro verdadero maestro y, aunque a veces nos faltó el análisis crítico de la inmensa obra que nos deslumbraba por su magnitud, amplitud y profundidad, se produjo en nuestro medio la marca indeleble del camino que nunca más se desanduvo.

Gebhard ya había iniciado parte de ese camino en el seno de la I. Municipalidad de Santiago colaborando en la investigación de las condiciones de la vida, en especial, de la clase obrera en sus "conventillos", su barriada insalubre.

Fue entonces cuando se produjo la materialización del primer grito de alerta público ante el cada día más pavoroso estado de la habitabilidad de nuestras clases más desvalidas y gran parte de la burguesía.

En la primavera de 1939, allá en medio de la histórica Alameda de Las Delicias, entre las calles Bandera y Morandé, un pequeño grupo de arquitectos y futuros arquitectos, guiados por Gebhard, a quien el gobierno del Frente Popular había comprometido, erigió en cerca de 5.000 m² una exposición que comprendía una enorme carpas de muy completa estructura, varios elementos de encuadre de gran plasticidad para enmarcar las leyendas, un ejemplo de vivienda barata de muy rápida construcción que incluía el mobiliario, con el propósito de convertirla en un llamado a la conciencia de cada nacional, de cada organismo público o privado que tuviese relación con la habitación del hombre, para que midiese, primero, la magnitud del problema y, luego, encontrar los caminos para su solución.

Tres grandes esfuerzos, entre otros, se aunaron para llevar a cabo esa labor, y los tres ya han dejado para siempre de acompañarnos: Waldo Parraguez, arquitecto; Antonio Quintana, fotógrafo, y Enrique Gebhard.

Siguió a esa una época de obsequio para el espíritu, de llano desinterés, de ánimo espontáneo, creador y libre de todo compromiso como no fuesen aquellos que se tomaron con la comunidad como un todo y que hizo posible tareas que dejaron inscritas, muy dentro de muchos corazones, huellas que aún persisten.

Afuera nos esperaba la alternativa, las realizaciones materiales. Nació así un interesante edificio de la colaboración entusiasta en Enrique Gebhard y Jorge Aguirre, uno de los pocos que alcanzó a erigir esa institución del gobierno de Aguirre Cerda "En defensa de la raza y aprovechamiento de las horas libres": el Centro "Hipódromo Chile". Es interesante destacar que en la bóveda-cielo de esa casa de la cultura el gobierno del pueblo mejicano nos obsequiaba del pincel del audaz Xavier Guerrero un hermoso fresco, en tanto que el sugerente Siqueiros procedía de manera semejante en el transepto de la Escuela México de Chillán.

Se produce, a continuación, un nuevo movimiento para reformar los planes de estudio de nuestra Escuela de Arquitectura con la infaltable colaboración de Gebhard, donde ya no se siguen los postulados en que se basó la estructura del plan de estudios de la Bauhaus. Esta vez los planteamientos teórico-pedagógicos emanan de los estudios del arquitecto francés André Lurcat.

En 1934 Gebhard ha sido titulado y actúa independientemente. Proyecta y construye varias viviendas de significación, destacándose la "casa Suárez", donde utiliza una gran variedad de maderas autóctonas con el intencionado afán de mostrarlas como materia estructural y calidad plástica. En 1944 inicia los trabajos para el Instituto de Biología Marina para la Universidad de Chile en Montemar, edificio en el que, tal vez por la primera vez en Chile, se deja el hormigón armado sin revestir. Siguen a este varios trabajos, antes de efectuar sus viajes a Brasil y Argentina; aquí, para colaborar con el equipo que junto a Le Corbusier habían iniciado las obras de investigación para el desarrollo de un gran "seccional" de la ciudad de Buenos Aires, conocido entre los urbanistas como el "Plan de Buenos Aires". Al volver a su patria deja, entre sus obras de mayor importancia antes de desaparecer, el Estadio de Temuco y su Plan Regulador.

Cuando ahora recordamos todo ese mundo de acontecimientos tan preñados de vitalidad y seguridades de renovación, creemos que la semilla ya plantada espera sólo la mano del labriego solidario para que entregue frutos de bienestar y confianza en sí mismo.